

mi toda mi vida, y mi recuerdo sabrá sacar de ellos inagotables goces. ¿No ha formado usted como yo el proyecto de permanecer en Chiavari, de comprar un palacio en Venecia, una casita en Sorrente ó un pabellón en Florencia? ¿No temen igualmente al mundo todas las mujeres amantes? Pero yo, sobre todo, estando perdida para siempre una vez que me separe de él, ¿no he de desear sepultarme en su compañía en algún hermoso país, enfrente de una bonita mar ó de un valle como el que se ve desde Fiesola? Pero ¡ay de mí! somos pobres artistas y la falta de dinero empieza á empujar ya hacia París á los dos bohemios. Jenaro quiere que yo no me aperciba de nuestra pobreza, y va á hacer que se repita en París una obra nueva, una gran ópera. Pero, ángel mío, usted comprenderá tan bien como yo que no me sería posible hoy poner los pies en París; pues aun á costa de mi amor, no quisiera encontrarme con una de esas miradas de mujer ó de hombre que me harían concebir el asesinato. Sí, yo haría picadillo al que se atreviese á compadecerme, como aquella adorable Châteauneuf, la cual, si no estoy engañada, bajo el reinado de Enrique III, arreó su caballo y pisoteó al preboste de París, por un crimen de ese género. Le escribo á usted, pues, para decirle que no tardaré en ir á visitarla á Touches, para esperar en esa cartuja á nuestro Jenaro. ¡Ya ve usted si soy atrevida con mi bienhechora y mi hermana! Mas, si hago esto, es porque estoy segura de que la inmensidad de los favores no engendrará en mí, como en ciertos seres, la ingratitud. Me ha hablado usted tanto de las dificultades del camino, que procuraré llegar por mar á Croisic. Se me ha ocurrido esta idea al saber que hay un buquecito danés cargado de mármol, que irá después á esa á tomar sal. De este modo me evito el cansancio y los gastos del viaje en coche. Ya sé que no está usted sola, y me felicito, porque, en medio de mi dicha, sentía remordimientos. Usted es la única persona en el mundo á cuyo lado podría yo estar sola y sin Conti. ¿No será también para usted un placer el tener á su lado á una mujer que comprenderá su dicha sin envidiarla? Vamos, hasta muy pronto. El viento es favorable y me pongo en marcha, enviándole ante todo un beso.»

—Vamos, también ésta está enamorada —se dijo Calixto cerrando la carta con aire triste.

Esta tristeza repercutió en el corazón de la madre, como si algún resplandor la hubiese hecho ver un abismo. El barón acababa de salir. Fanny fué á echar el cerrojo de la torrecilla y, yendo á apoyarse en el respaldo del sofá en que estaba su hijo, en la misma actitud en que aparece la hermana de Didón en el cuadro de Guérin, le besó en la frente, diciéndole:

—¿Qué tienes, Calixto mío? ¿Por qué estás triste? Me has prometido explicarme tus constantes viajes á Touches. Dime, ¿es verdad que debo bendecir á su dueña?

—Ciertamente que sí, madre querida, pues ella me ha demostrado la insuficiencia de mi educación en una época en que los nobles tienen que demostrar su valor personal para dar vida á su nombre. Hasta ahora estaba tan distanciado de mi siglo como Gueranda lo está de París, y esa mujer ha sido en cierto modo la madre de mi inteligencia.

—No será ciertamente por eso por lo que yo la bendeciré —dijo la baronesa, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Mamá —exclamó Calixto al ver que humedecían su frente aquellas dos perlas de maternidad dolorida. —Mamá, no llore usted, porque aun no hace un momento que, por hacerle un favor, quise recorrer todo el país, desde la garita de los carabineros hasta la aldea de Batz, y ella me ha dicho: «No, no, porque acaso causaría usted una gran inquietud á su madre».

—¿Ha dicho eso ella? Entonces veo que puedo perdonarle el que haya sido causa de muchas de mis inquietudes.

—Felicidad no desea más que mi bien —repuso Calixto, —y muchas veces deja de decir algunas de esas expresiones vivas y dudosas que se escapan á veces á los artistas, para no destruir en mí una fe que no sabe ella que es indestructible. Ella me ha contado la vida en París de algunos jóvenes de la más rancia nobleza, que, saliendo de su provincia como puedo yo salir ahora, dejando allí sus bienes, supieron conquistarse, con el poder de su voluntad y de su inteligencia, una gran fortuna. Yo puedo hacer lo que ha hecho el barón de Rastignac en el ministerio actual. La señorita de Touches me da lecciones de piano, me enseña el italiano, me inicia en mil secretos sociales que nadie en Gueranda puede siquiera sospechar, y, si no me ha proporcionado los tesoros de su amor, me ha dado en cambio los de su alta inteligencia, los de su talento y los de su genio. Esa mujer no quiere ser un

placer para mí, sino una luz. Procura no herir mis sentimientos religiosos, tiene fe en la nobleza, ama á Bretaña, y...

—Ha cambiado por completo á nuestro Calixto—dijo la anciana ciega interrumpiéndole,—pues hoy yo no puedo comprender esas palabras. Sobrino mío, tienes una casa sólida, ancianos parientes que te adoran, y buenos criados, y puedes casarte con una joven bretona que sea religiosa y virtuosa, que te haga feliz, y reservar tus ambiciones para tu hijo primogénito, que será tres veces más rico que tú, si sabes vivir tranquilo, económicamente y en paz y gracia de Dios, para desempeñar las tierras de nuestra casa. La cosa no puede ser más sencilla. Tardarás en ser rico, pero lo serás de veras.

—Ángel mío, tu tía tiene mucha razón, y ya sabes que se ha ocupado de tu felicidad con tanto interés como yo. Si yo no logro casarte con miss Margarita, la hija de tu tío lord Fitz-William, es casi seguro que la señorita de Pen-Hoel hará donación de sus bienes á aquella de sus sobrinas que tú escojas.

—Por otra parte, no dejarás de encontrar en tu casa algunos escudos—dijo la anciana tía en voz baja y con aire misterioso.

—¡Cómo! ¡casarme á mi edad!—exclamó Calixto dirigiendo á su madre una de esas miradas que hacen madurar la razón de las madres.—¿Habré de renunciar á los hermosos y locos amorios? ¿Tendré que privarme de temblar, palpar, temer, respirar y dormir bajo el influjo de implacables miradas? ¿He de desconocer para siempre la belleza libre, las fantasías del alma, las nubes que corren bajo el cielo azul de la dicha y que se disipan á impulsos del placer? ¿Habré de resignarme á no recorrer los caminos extraviados bañados por el rocío? ¿No podré permanecer debajo de una gotera sin saber que llueve, como los enamorados de Diderot? ¿No podré aguantar, como el duque de Lorena, una ascua en la palma de la mano? ¿No escalaré las ventanas con escalas de seda? ¿No me suspenderé de alguna vieja porra podrida y no me ocultaré nunca en un armario ó debajo de una cama? ¡Cómo! ¿no he de conocer más que la mujer del matrimonio? ¿Han de quedar satisfechas mis curiosidades antes de ser excitadas? ¿He de vivir sin experimentar esas rabias del corazón que agrandan el poder del hombre? ¿He de ser un monje conyugal? ¡No! yo he probado ya la manzana parisiense de la civilización.

¿No ven ustedes que con las castas é ignorantes costumbres de la familia han preparado el fuego que me devora, y que me consumiría si hubiese de renunciar á adorar la divinidad que veo en todas partes, lo mismo en el verde follaje que en las arenas caldeadas por el sol, y en todas las mujeres hermosas, nobles y elegantes descritas en los libros y en las novelas que devoré en casa de Camilo? ¡Ay de mí! ¡y de esta clase de mujeres no hay más que una en Gueranda, y esa es usted, madre mía! ¡Esos hermosos mirlos blancos de mis sueños vienen de París y salen de las páginas de lord Byron y de Scott, como Parisina, Effic y Miina! En una palabra, ¡la mujer de mis sueños es la real duquesa que vi en las landas á través de los matorrales y de las retamas, y cuya sola presencia hacía fluir toda la sangre de mi cuerpo á mi corazón!

La baronesa vió todos estos pensamientos con más claridad, con más hermosura y con más viveza de lo que los ve el que los lee en las páginas de un libro. Sin haber leído nunca á Beaumarchais, pensó, como todas las mujeres, que sería un crimen casar á aquel querubín.

—¡Oh! hijo querido—dijo Fanny abrazando á su hijo y besando aquellos hermosos cabellos que eran aún suyos,—cásate cuando quieras, pero sé feliz. Mi deber no consiste en atormentarte.

Marieta se presentó para poner la mesa. Gasselin había salido para pasear el caballo de Calixto, el cual hacía ya dos meses que no lo utilizaba. Aquellas tres mujeres se entendían, con la astucia propia del sexo femenino, para agasajar á Calixto cuando comía en casa. La pobreza bretona, armada de los recuerdos y de las costumbres de la infancia, procuraba luchar con la civilización parisiense, representada tan fielmente á dos pasos de Gueranda, en Touches. Marieta procuraba que su amo encontrase malas las sabias preparaciones de la cocina de Camilo Maupin, y la madre y la tía rivalizaban para encerrar á su vástago en las redes de su ternura y hacer toda comparación imposible.

—¡Ah! señorito Calixto, tiene usted para comer hoy un labro, unas becacinas y unos orejones que sólo se comen aquí—dijo Marieta con aire socarrón y triunfante, mirándose en el mantel, blanco como la nieve.

Después de comer, cuando su anciana tía reanudó su labor de hacer calceta, y el cura de Gueranda y el caballero de Halga se presentaron animados por la partida de mosca,

Calixto salió para volver á Touches, pretextando que tenía que devolver la carta de Beatriz.

Claudio Viñón y la señorita de Touches estaban aún á la mesa. El gran crítico era un tanto glotón, y Felicidad procuraba acariciar este vicio, segura de que las complacencias de una mujer llegan á veces á hacerla indispensable. El comedor, en el que se habían hecho hacía un mes importantes adiciones, demostraba la flexibilidad y rapidez con que una mujer se adapta al carácter, al estado, á las pasiones y á los gustos del hombre que ama ó que quiere amar. La mesa ofrecía el rico y brillante aspecto que el lujo moderno, ayudado por los perfeccionamientos de la industria, ha impreso al servicio. La pobre y noble casa de Guenic ignoraba la clase de adversario con quien tenía que habérselas y la clase de fortuna que era necesaria para competir con los cubiertos de plata reformados en París, con las porcelanas, el hermoso mantel, los artefactos de la mesa y la ciencia del cocinero de la señorita de Touches. Calixto se negó á tomar los licores contenidos en uno de esos magníficos estuches que son una especie de tabernáculo.

—Aquí tiene usted su carta—dijo el joven con inocente ostentación, mirando á Claudio, que saboreaba una copita de ron.

—Y bien, ¿qué le parece á usted?—le preguntó la señorita de Touches entregando al mismo tiempo la carta á Viñón, el cual se puso á leerla, tomando y dejando sucesivamente su copita.

—Pues... que las mujeres de París son muy felices porque tienen todas hombres de genio á quien adorar y que las aman.

—¡Cómo! ¿sigue usted siendo aún de su aldea?—le dijo Felicidad riéndose.—¿No ha visto usted que esa mujer ama ya menos, y que...?

—Eso es evidente—dijo Claudio Viñón, que no habla leído aún más que la primera hoja.—¿Se fija nadie en su situación cuando ama verdaderamente? ¿Se puede ser tan sutil como la marquesa? ¿Se calcula? ¿Se distingue? La buena Beatriz se unió á Conti por orgullo y ahora está condenada á amarle.

—¡Pobre mujer!—exclamó Camilo.

Calixto tenía los ojos fijos en la mesa y ya no veía nada. La hermosa mujer, con el fantástico traje descrito aquella ma-

ñana por Felicidad, se le apareció de pronto sonriente, agitando el abanico con una mano, mientras que la otra caía blanca y pura sobre los grandes pliegues de su espléndida bata.

—Ese sí que sería bonito negocio para usted—dijo á Calixto Claudio Viñón sonriéndose con aire sardónico.

Calixto se ofendió por la palabra *negocio*.

—No haga usted concebir á ese pobre joven la idea de una intriga semejante, pues ya sabe usted cuán peligrosas son esas bromas. Yo conozco á Beatriz, y sé que tiene demasiada formalidad para no cambiar, y, por otra parte, Conti estará aquí.

—¡Ah!—dijo burlonamente Claudio Viñón,—¿con que tiene usted celos?

—¿Sería usted capaz de creerlo?—dijo Camilo con altivez.

—¡Si es usted más perspicaz que si fuese su madre!—respondió Claudio.

—Pero ¿cree usted eso posible?—añadió Camilo señalando á Calixto.

—Sin embargo—repuso Viñón,—no harían mala pareja. Ella tiene diez años más que él, y él es el que parece la doncella.

—Caballero, ¡una doncella!—exclamó Calixto.—Sepa usted que he visto ya dos veces el fuego en la Venda, y si allí hubiera habido veinte mil doncellas como yo...

—No se enfade usted—dijo Viñón;—estaba haciendo su elogio, lo cual me parece mucho más fácil que afeitarse.

—Pues tengo yo una espada que afeita á los que tienen la barba demasiado larga—respondió Calixto.

—Y yo hago muy bien los epigramas—dijo sonriendo Viñón;—mas como somos franceses, creo que este asunto podría arreglarse.

La señorita de Touches dirigió á Calixto una mirada suplicante que le calmó inmediatamente.

—¿Cómo será que los jóvenes empiezan siempre, como Calixto, por amar á mujeres de cierta edad?—dijo Felicidad á fin de cortar aquella discusión.

—Yo no conozco sentimiento alguno que sea más generoso que ese—respondió Viñón.—Él es la consecuencia de las adorables cualidades de la juventud. Por otra parte, ¿cómo acabarían su vida las mujeres viejas sin ese amor? Como usted es joven y hermosa, y lo será aún por espacio

de veinte años, se puede hablar de estas cosas delante de usted—añadió dirigiendo una maliciosa mirada á la señorita de Touches.—En primer lugar, las semijamonas á quienes se dirigen los jóvenes saben amar mucho mejor que las viejas. Un adulto se semeja demasiado á una doncella, para que á una doncella le agrade. Semejante pasión desmiente la fábula de Narciso. Además de esta repugnancia, existe, á mi entender, entre ellos una diferencia mutua que los separa. De modo que la razón de que el corazón de las jóvenes no pueda ser comprendido más que por hombres cuya habilidad se oculta bajo una pasión verdadera ó fingida, es lo mismo que contribuye á que una mujer de cierta edad sea más apta para seducir á un niño; éste comprende admirablemente que logrará su objeto en esta empresa, y, por otra parte, la vanidad de la mujer se siente halagada con el pretendiente. Aparte de todo esto, encuentro muy natural que la juventud se abalance ansiosa hacia las frutas; y sabido es que el otoño de la mujer las ofrece muy admirables y sabrosas. ¿Creen ustedes que no son nada esas miradas tímidas al par que atrevidas, lánguidas, suaves é impregnadas de los últimos perfumes del amor? Esa elocuente elegancia en la palabra, esos magníficos hombros desarrollados ya, esas redondeces tan llenas, ese garbo gracioso y ondulado, esas manos llenas de hoyuelos, esa piel pulposa y suave, esa frente que refleja abundantes sentimientos, esa cabellera tan bien peinada y cuidada, donde se dibujan admirablemente estrechitas rayas de carne blanca, y esos cuellos y nuca provocativos donde se han desplegado todos los recursos del arte para hacer brillar las oposiciones entre los cabellos y los tonos de la piel, ¿no son una gran cosa para la juventud? Hasta las morenas adquieren entonces cosas de rubias. Además, las mujeres de esa edad revelan en sus sonrisas y en sus palabras la ciencia del mundo: saben charlar, lo sacrifican todo para haceros sonreír, tienen dignidades sublimes, lanzan gritos de desesperación capaces de partir el alma y adioses al amor, si bien se encargan ellas de que éstos resulten inútiles y sirvan para reavivar las pasiones; le escuchan á uno, le aman, se acogen al amor como se acoge el condenado á muerte á los más pequeños detalles de la vida, y se parecen á esos abogados que pleitean y discuten todos los detalles para conseguir su objeto; en una palabra, sólo por ellas se conoce el amor absoluto, y no creo que haya nadie

capaz de olvidarlo si lo ha conocido, como no es posible olvidar nada de lo que es grande y sublime. Una joven tiene mil distracciones, mientras que esas mujeres no tienen ninguna, abdicando de su vanidad, de su amor propio y de sus caprichos, en pro de su amor, que es como el Loira en su embocadura, inmenso, aumentado con todas las decepciones, con todos los afluentes de la vida. Y he aquí por qué... está tan callada mi niña—añadió Claudio al ver la actitud extática de la señorita de Touches, que estrechaba con fuerza la mano de Calixto, para darle las gracias, sin duda por haber sido causa de semejante conversación, en la que ella vió un profundo elogio, sin percibir, en cambio, ningún lazo.

Durante el resto de la velada, Claudio Viñón y Felicidad estuvieron ocurrentísimos, contaron anécdotas y describieron el mundo parisiense á Calixto, el cual quedó prendado de Claudio, cosa muy natural si se tiene en cuenta que el talento seduce siempre á la gente de corazón.

—No me extrañaría nada que llegasen mañana la marquesa de Rochefide y Conti—dijo Claudio al final de la velada.—Cuando yo salí del Croisic, los marineros decían que se veía en lontananza un buque danés, sueco ó noruego.

Esta frase coloreó las mejillas de la impasible Camilo.

Aquella noche, la señora de Guenic esperó de nuevo hasta la una de la mañana á su hijo, sin poder comprender lo que hacía en Touches, toda vez que Felicidad no lo amaba.

—Estará allí molestando—decía aquella adorable madre.—Pero ¿qué haces allí hasta estas horas, hijo mío?—le preguntó al verle entrar.

—¡Oh! madre mía, jamás he pasado una velada más deliciosa. ¡El genio es un gran bien, es una cosa sublime! ¿Por qué no me has dotado tú de genio? Con el genio se puede escoger á la mujer que se quiera, seguro de no ser rechazado.

—Pero tú eres muy guapo, Calixto mío.

—Sí; pero la belleza sólo sienta bien á las mujeres. Por otra parte, Claudio Viñón es también muy guapo. Los hombres de genio tienen frentes luminosas y ojos de donde parece brotar la luz; mientras que yo, desgraciado, sólo sé amar.

—Ángel mío, dicen que con eso basta—le contestó la madre besándole en la frente.

—¿De veras?

—Yo no lo he experimentado nunca; me lo han dicho.

Y esta vez tocó el turno á Calixto de besar santamente la mano de su madre, al mismo tiempo que le decía:

—Yo te amaré por todos los que hubieran podido adorarte.

—Hijo querido, no haces más que lo que debes. Tú has heredado de mí todos mis sentimientos; de modo que no seas imprudente, y, si te sientes inclinado á amar, procura al menos fijarte únicamente en mujeres nobles.

¿Quién es el joven, lleno de amor desbordante y de vida contenida, que no hubiese tenido el pensamiento de ir á Croisic á ver desembarcar á la señora de Rochefide, á fin de poderla visitar de incógnito?

Partiendo muy de mañana sin querer almorzar, Calixto sorprendió extraordinariamente á su padre y á su madre, que ignoraban en absoluto la llegada de la marquesa. Dios solo sabe la agilidad con que caminó el bretón. Parecía que una fuerza desconocida le ayudase; se sintió ligero y se deslizó á lo largo de las murallas de Touches para no ser visto. Aquel adorable niño se sintió avergonzado de su ardor, y temió, sin duda, ser objeto de burlas, porque ¡eran tan suspicaces Felicidad y Claudio Viñón! Por otra parte, en casos semejantes, los jóvenes creen tener la frente diáfana. Calixto siguió los contornos del camino á través del dédalo de las salinas, llegó á los arenales, los franqueó á toda prisa, á pesar del ardor del sol que los caldeaba, y alcanzó por fin una casa de la playa donde los viajeros acostumbran á abrigarse de las tormentas, de los vientos de mar, de las lluvias y de los huracanes. Como no es siempre posible poder atravesar el pequeño brazo de mar, porque no se encuentran siempre barcos, durante el tiempo que éstos invierten en llegar, se hace conveniente á veces mantener á cubierto los asnos, los caballos, las mercancías ó los equipajes de los viajeros. Desde esta casa se ve la plena mar y la ciudad de Croisic, y Calixto no tardó en ver llegar desde ella dos barcas llenas de efectos, de paquetes, de cofres, de maletas y cajas cuya forma y disposición anunciaban á los naturales del país la llegada de cosas extraordinarias que sólo podían pertenecer á viajeros de distinción. En una de las barcas venía una joven con sombrero de paja y velo verde, acompañada de un hombre, y esta barca fué la primera en llegar, causando su aproximación un estremecimiento á Calixto. Pero al verla ya de más cerca, vió que aquellos dos individuos eran un criado y una camarera, y no se atrevió á interrogarlos.

—¿Viene usted al Croisic, señor Calixto?—le preguntaron los marineros que le conocían, á los cuales respondió él con un movimiento de cabeza negativo, bastante avergonzado al ver que le llamaban por su nombre.

Calixto quedó encantado al ver una caja, cubierta con una tela embreada, sobre la cual se leía: *Señora marquesa de Rochefide*. Este nombre brillaba á los ojos del joven como un talismán, y sentía al verlo un no sé qué fatal. Calixto sabía que llegaría á amar á aquella mujer, á pesar suyo, y las cosas más insignificantes que la concernían le interesaban ya y excitaban su curiosidad. ¿Por qué? En medio de los ardientes é infinitos deseos de la juventud ¿no fija ésta todos sus sentidos en la primera mujer que se le presenta? Beatriz había heredado el amor que Camilo había desdeñado. Al mismo tiempo que miraba hacer el desembarco, Calixto dirigía de tiempo en tiempo los ojos hacia Croisic, esperando ver que saldría una barca del puerto en dirección á aquel pequeño promontorio donde rugía la mar, para mostrarle aquella Beatriz que había pasado á ser ya para él lo que era Beatriz para Dante, una eterna estatua de mármol, en cuyas manos depositaría él sus flores y sus coronas. El joven noble permanecía con los brazos cruzados, sumido en las meditaciones de la espera. Una cosa digna de observación, y que, sin embargo, no ha sido notada por muchos, es el cómo sometemos frecuentemente nuestros sentimientos á una voluntad, adquiriendo una especie de compromiso con nosotros mismos y creándonos nuestra propia suerte: la casualidad no toma en ella tanta parte como nosotros creemos.

—No veo los caballos—dijo la camarera sentada en una maleta.

—Y yo no veo ningún camino—replicó el criado.

—Sin embargo, aquí ha habido caballos—añadió la camarera mostrando la huella de los mismos.

—Caballero—dijo de pronto dirigiéndose á Calixto,—¿es este el camino de Gueranda?

—Sí—respondió aquél.—¿A quién esperan ustedes?

—Nos han dicho que vendrían á buscarnos de Touches. Si tardasen, no sé cómo se arreglaría la señorita para vestirse—dijo la camarera al criado.—Debía usted irse á casa de la señorita de Touches. ¡Qué país de salvajes!

Calixto sospechó vagamente lo ridículo de su situación, y entonces dijo:

—¡Va su ama á Touches!

—Sí, esta mañana estuvo la señorita á buscarla. ¡Ah! ¡aquí están los caballos!

Calixto se precipitó hacia Gueranda con la rapidez y ligereza de un gamo, dando una gran vuelta para que no lo reconociesen los criados de Touches. Pero se encontró con dos en el estrecho camino que había seguido.

—¿Entraré? ¿no entraré?—pensaba al ver despuntar los pinos de Touches.

Calixto tuvo miedo. Se fué á Gueranda avergonzado y contrito, y se paseó por el mallo continuando su deliberación y estremeciéndose cada vez que veía las veletas de Touches.

—¡Cuán poco sospechará ella mi agitación!—se decía.

Cada uno de sus caprichosos pensamientos eran otros tantos garfios que se hundían en su corazón y le iban uniendo á la marquesa. Calixto no había sentido aquellos terrores y aquellas alegrías en sus comienzos con Camilo, sino que la encontró una vez á caballo, y su deseo había nacido como nace al contemplar una flor el de apoderarse de ella. En las almas tímidas, estas incertidumbres pasan á ser una especie de poema. Caldeadas por las primeras llamas de la imaginación, hay almas que se agitan, se correen, se apaciguan y se animan sucesivamente, llegando al más alto grado de amor en medio del silencio y de la soledad, antes de haber conocido el objeto de tantos esfuerzos. Calixto vió de lejos en el mallo al caballero de Halga que se paseaba con la señorita de Pen-Hoël, y, como oyese que pronunciaban su nombre, se escondió: El caballero y la solterona, creyendo estar solos, hablaban en voz alta.

—Puesto que Carlota de Kergarouët va á venir, procure retenerla á su lado dos ó tres meses—decía el caballero.—¿Cómo quiere usted que esa niña se muestre coqueta con Calixto, si nunca ha permanecido aquí bastante tiempo para adquirir con él cierta confianza? Dejándola aquí una temporada, esos dos niños se verán todos los días, acabarán por enamorarse y podría usted casarlos el invierno próximo. Si usted le dice dos palabras de esto solamente á Carlota, ya se encargará ella de decirle en seguida cuatro á Calixto, y una joven de diez y seis años no tardará en dar cuenta de una mujer de cuarenta y tantos.

Los dos ancianos se volvieron para dar la vuelta, y Calixto no oyó nada más; pero estas palabras le bastaron para

comprender la intención de la señorita de Pen-Hoël. En el estado de ánimo en que el joven se encontraba, nada tenía que ser más fatal que esto para los proyectos de sus padres. Porque, ¿qué joven acepta por mujer á una novia impuesta, que reduce todas sus ilusiones á las esperanzas de un amor preconcebido? Calixto, para el que Carlota de Kergarouët era indiferente, se sintió dispuesto á rechazarla; pues, aparte de que era inaccesible á las consideraciones de fortuna y se había acostumbrado desde su infancia á la modesta vida de la casa paterna, ignoraba la riqueza de la señorita de Pen-Hoël, á la cual veía hacer una vida tan pobre como la de los Guenic. Finalmente, un joven educado como Calixto sólo podía guiarse por sus sentimientos, y ya sabemos que su pensamiento entero pertenecía á la marquesa. ¿Qué valía la pequeña Carlota ante el retrato que Camilo le había hecho de la marquesa? Nada; porque Carlota era la compañera de su infancia, á quien trataba como á una hermana.

Pensando en todo esto, Calixto no volvió á su casa hasta las cinco de la tarde, y cuando entró en el salón, su madre le tendió con triste sonrisa la siguiente carta de la señorita de Touches:

«Mi querido Calixto: La hermosa marquesa de Rochefide está ya aquí, y contamos con usted para celebrar su llegada. Claudio, siempre burlón, asegura que usted será *Bice* y que ella será *Dante*. Siempre será honroso para Bretaña y para los Guenic recibir bien á una Casterán. Hasta muy pronto.

»Su amiga,

»CAMILO MAUPÍN.

»Venga usted sin ceremonias, tal y como se halle vestido, pues de otro modo haríamos el ridículo.»

Calixto mostró esta carta á su madre y partió.

—¿Quiénes son los Casterán?—preguntó Fanny á su esposo.

—Una antigua familia de Normandía, emparentada con Guillermo el Conquistador—respondió el anciano.—Llevan terciado en faja de azul, gules y sable, con caballo de plata con herraduras de oro. La hermosa joven por quien se hizo matar el Moro en Fougères, el año 1800, era la hija de un Casterán que se metió monja en Sééz y que llegó á ser abadesa, después de haber sido abandonada por el duque de Verneuil.

—¿Y los Rochefide?

—No conozco ese nombre; tendré que mirar el blasón—contestó el anciano.

La baronesa quedó menos inquieta al saber que la marquesa Beatriz de Rochefide pertenecía á una antigua casa; pero no dejó de sentirse molestada al pensar que su hijo estaba expuesto á nuevas seducciones.

Mientras Calixto se encaminaba á Touches, sentía impulsos violentos al par que suaves; su garganta estaba seca, su corazón oprimido, su cerebro turbado, le devoraba la fiebre, y aunque quería moderar su marcha, una fuerza superior lo empujaba hacia delante. No hay joven que no conozca esta impetuosidad de los sentidos, excitada por una vaga esperanza: un fuego sutil arde interiormente y hace irradiar en torno suyo algo así como los nimbos que se pintan en torno de los personajes divinos en los cuadros religiosos, y á través de los cuales se ve á la mujer radiante de belleza. ¿Es que no están entonces, como los santos, llenos de fe, esperanza, ardor y pureza? El joven bretón encontró á todos los comensales en el salón de las habitaciones de Camilo. Serían próximamente las seis de la tarde: el sol poniente penetraba por las ventanas, comunicando á aquella habitación el color especial de sus rojizos rayos; el aire era suave y en el salón reinaba esa penumbra que tanto gusta á las mujeres.

—Aquí está ya el diputado por Bretaña—dijo Camilo Maupín á su amigo, sonriendo y señalando á Calixto al mismo tiempo que éste levantaba el cortinaje de la puerta.—Es exacto como un rey.

—¿Lo ha conocido usted por los pasos?—dijo Claudio Viñón á la señorita de Touches.

Calixto se inclinó ante la marquesa, saludándola con un movimiento de cabeza y sin mirarla, y tomó y estrechó la mano que le tendía Claudio Viñón.

—Le presento á usted al gran hombre de quien tanto hemos hablado, á Jenaro Conti—le dijo Camilo sin responder á Viñón.

Al mismo tiempo que decía esto, Felicidad mostraba á Calixto un hombre de mediana estatura, delgado y endeble, de cabellos castaños, de ojos casi rojos, de tez blanca y llena de pecas y de cabeza muy semejante á la de lord Byron, cuya descripción creemos superflua por lo muy conocida. Conti estaba muy orgulloso de esta semejanza.

—Para ser este el primer día que estoy en Touches, me admira y encanta verdaderamente encontrar á una persona tan simpática—dijo Jenaro.

—Yo soy quien debo decir eso—respondió Calixto con bastante soltura.

—Es hermoso como un ángel—dijo la marquesa á Felicidad.

Aunque estas palabras fueron dichas al oído, Calixto, colocado entre el diván y las dos mujeres, las oyó confusamente, se sentó en un sofá y dirigió á la marquesa algunas miradas á hurtadillas. Entonces, á favor de la claridad del sol poniente, pudo ver, sentada en el diván, como si algún escultor la hubiese colocado por modelo, una forma blanca y serpentina que le deslumbró. Sin saberlo, Felicidad había prestado un buen servicio á su amiga con su descripción, pues Beatriz era muy superior al retrato que Camilo había hecho de ella la víspera. ¿No habría sido acaso por el convidado por lo que Beatriz se había peinado formando hermosos bucles que hacían resaltar el hermoso corte de sus mejillas? El cerco de los ojos, ojerosos á causa del cansancio, era semejante al nácar más puro, y su tez tenía el brillo de los ojos. A través de su blanca piel, tan fina como la película satinada de un huevo, se veía circular la vida en forma de azuladas venas. La delicadeza de sus facciones era inaudita. Aquella cabeza suave y deliciosa, colocada admirablemente sobre un largo cuello de maravillosas líneas, se prestaba á las expresiones más diversas. Su talle, que podía abarcarse con las manos, denotaba un abandono arrebatador. Sus desnudos hombros brillaban en la sombra como una camelia blanca en una cabellera negra. La garganta dejaba ver dos contornos de exquisita travesura. La bata de muselina blanca sembrada de flores azules, las anchas mangas y los zapatos con coturnos denotaban que su dueña poseía la admirable ciencia del tocado. Dos pendientes de filigrana de plata, milagro de la platería genovesa, que iba á estar, sin duda, de moda, estaban en perfecta armonía con la deliciosa suavidad de aquella cabellera rubia. De una sola mirada, los ojos de Calixto percibieron estas bellezas y las grabaron en su alma. La rubia Beatriz y la morena Felicidad hubiesen recordado esos contrastes de *keepsake*, que tan buscados son por los grabadores y los dibujantes ingleses. Ambas formaban la más perfecta antítesis, pues

representaban la fuerza y la debilidad de la mujer en su grado máximo. Aquellas dos mujeres no podían ser nunca rivales, porque tenían su imperio propio. Parecían una delicada pervinca ó un lirio al lado de una suntuosa y brillante adormidera roja, ó una turquesa al lado de un rubí. En un momento, Calixto se sintió presa de un amor que coronó la obra secreta de sus esperanzas, de sus temores y de sus incertidumbres. La señorita de Touches había despertado sus sentidos, y Beatriz había inflamado su corazón y su pensamiento. El joven bretón sentía que en su interior se levantaba una fuerza capaz de vencerlo todo y de no respetar nada, y, en su consecuencia, dirigió á Conti la mirada celosa, rencorosa, sombría y desconfiada de la rivalidad que no había visto nunca en Claudio Viñón. Calixto empleó toda su energía para contenerse, pensando, al mismo tiempo, que los turcos hacían bien encerrando á sus mujeres, y que debía estar prohibido que tan bellas criaturas se mostrasen, con sus exorbitantes coqueterías, á jóvenes sedientos de amor. Este fogoso huracán se apaciguaba tan pronto como los ojos de Beatriz se fijaban en Calixto y éste oía su adorable voz: el pobre niño la temía ya cual si fuese un Dios. Sonó la campana de la comida, y la señorita de Touches, tomando á Conti á su derecha y á Viñón á su izquierda, y poniéndose en actitud de dejar paso á la hermosa pareja, dijo:

—Calixto, dé usted el brazo á la marquesa.

Bajar de aquel modo la vieja escalera de Touches era para Calixto una especie de primera batalla: el corazón le latía violentamente, no encontraba nada que decir, el sudor invadía su frente y sus espaldas, y su brazo temblaba de tal modo, que, al llegar al último peldaño, la marquesa le preguntó:

—¿Qué tiene usted?

—Excepto mi madre, no he visto nunca una mujer tan hermosa como usted, y en este momento no soy dueño de mi emoción—le respondió el joven con ahogada voz.

—¿No tiene usted aquí á Camilo Maupin?

—¡Ah! ¡qué diferencia!—dijo cándidamente Calixto.

—Bien, Calixto—le dijo Felicidad al oído,—¡cuando yo le decía que me olvidaría usted como si no hubiese existido nunca! Siéntese usted á su derecha y Viñón á su izquierda. Respecto á ti, Jenaro, quiero conservarte á mi lado—añá-

dió riéndose,—y de ese modo podremos vigilar sus coqueterías.

El acento particular con que pronunció Camilo estas palabras llamó la atención de Claudio, el cual la miró de soslayo y de aquella manera distraída con que acostumbraba él á mirar cuando observaba, y no cesó de examinarla durante toda la comida.

—Coqueterías—respondió la marquesa quitándose los guantes y mostrando sus hermosas manos,—ya hay motivo para hacerlas, pues tengo á un lado un poeta—dijo señalando á Claudio—y al otro á la poesía.

Jenaro Conti dirigió á Calixto una mirada llena de adulación. A la luz artificial, Beatriz parecía aún más hermosa que antes. Los blancos resplandores de las bujías producían satinados reflejos en su frente, hacían centellear sus ojos de gacela y pasaban á través de sus sedosos bucles haciéndoles brillar y resplandecer como hilos de oro. La marquesa se echó hacia atrás el chal con gracioso movimiento y descubrió su cuello, y Calixto pudo ver entonces una nuca delicada y blanca como la leche, surcada por una vigorosa hendidura que se separaba en dos ondas perdidas hacia cada uno de los hombros con blanda y suave simetría. Estas gracias que se permiten las mujeres producen poco efecto en el mundo, donde todas las miradas están hartas; pero hacen crueles estragos en las almas vírgenes como la de Calixto. Aquel cuello tan distinto del de Camilo anunciaba en Beatriz un carácter completamente diferente. Por él se reconocía el orgullo de raza, esa tenacidad peculiar de la nobleza y ese no sé qué duro que es, sin duda, el último vestigio de la fuerza de los antiguos conquistadores.

Calixto sufrió mil angustias para poder comer, y experimentaba movimientos nerviosos que le quitaban por completo el apetito. Su naturaleza, como ocurre á todos los jóvenes, era presa de las convulsiones que preceden al primer amor y que lo graban tan profundamente en el alma. A esa edad, el ardor del corazón, contenido por el ardor moral, origina un combate interior que explica la prolongada y respetuosa duda, las profundas meditaciones de ternura y la ausencia de todo cálculo, atractivos éstos propios solamente de los jóvenes cuyo corazón y vida son aún puros. Estudiando, aunque á hurtadillas, á fin de no despertar las sospechas del celoso Jenaro, los detalles que